

"¡Basta de crímenes en el Uruguay!"

Anónimo

Organizado por la Sociedad Venezolana de Amistad con el Pueblo Uruguayo, se realizó en Caracas, Venezuela, el día 29 de noviembre de 1977, un Acto de Solidaridad con ese pueblo, del que fueron oradores los señores: Ing. Oscar Maggiolo, ex-Rector de la Universidad de la República Oriental del Uruguay y Presidente del Comité del Frente Amplio en Venezuela, Sen. Aniceto Rodríguez, Presidente del Comité Coordinador de Fuerzas Democráticas del Cono Sur, Rev. Joe Elridge, Director de WOLA (Washington Office on Latin America) y Dip. José Angel Ciliberto, diputado venezolano.

Caracas, noviembre 29-1977

Rev. Joe Elridge, Sen. Aniceto Rodríguez,

Dip. José A. Ciliberto,

Sras. y Sres:

Inauguramos este acto, expresando nuestro más sincero agradecimiento a todos los que con su presencia hoy aquí, manifiestan militantemente su solidaridad con el pueblo uruguayo, y su repudio a ese ejército de ocupación que sojuzga y conculca las libertades en nuestro Uruguay, desde junio de 1973.

Estamos ya a fines de 1977, lo que significa que cuatro largos años de represión, temor, tortura y muerte, han sido la condición en la que ha vivido el pueblo uruguayo, sometido por una tiranía militar que se impuso con la complicitad y la traición de quien desde marzo de 1972, ocupaba la Presidencia de la República.

Estos cuatro años y medio, han sido años de sufrimiento, de dolor, de miseria, de éxodo; la negación de todo lo que el país, en larga y penosa lucha, había conquistado a lo largo de casi un siglo de civilismo. El civilismo en Uruguay comienza en el último cuarto del siglo pasado, y dura sin interrupción, noventa años, hasta romperse abruptamente con el golpe fascista de 1973. Y nadie duda que son esas sus conquistas las que precisamente la dictadura militar pretende destruir. Allí está una reciente resolución por la que se prohíbe la lectura de los periódicos

publicados en el país desde 1880 hasta 1972, es decir, desde la última dictadura militar del siglo pasado, hasta la primera del presente siglo. En cuatro años se quiere borrar de la faz de la tierra, todo un país, toda una tradición y toda una cultura. Es la obra de la dictadura, que tiene que censurar al constructor de la nacionalidad, José Artigas y al Himno Nacional; que prohíbe la lectura de José Pedro Varela, constructor en la década de los años 70 del siglo pasado, del sistema educacional del país; que reniega de su Universidad, de sus científicos, de sus escritores y artistas; de su Constitución y de todo lo que hizo de Uruguay, una tierra atractiva para vivir durante los últimos 75 años.

Nadie se ha salvado de la acción devastadora de estos iluminados; ni la economía, ni la cultura, ni la educación, ni la salud; ni la imagen internacional, el derecho a la vida, a la opinión, al trabajo; todo ha sido arrasado en una acción de gobierno que sólo se ha distinguido por la incompetencia en lo económico, y por la degradación en lo social.

En el Uruguay de hoy, no rige ningún derecho. A casi seis años de la última acción militar del Movimiento de Liberación Nacional, la represión se ha extendido a todos los órdenes de la vida, a todos los sectores políticos y gremiales, a todos los órganos de expresión. No exageramos al decir que no existe ninguna familia en el Uruguay, que no tenga que llorar un muerto, un torturado o un preso por arbitrariedad; o que no tenga que añorar el retorno del exilio, de uno o varios familiares.

El derecho internacional tampoco existe para los militares uruguayos, siendo claro ejemplo de esta situación, la vandálica agresión a la Embajada de Venezuela, en la que se secuestró a la maestra María Elena Quinteros, oficialmente desaparecida pero que sabemos está detenida en la cárcel de Punta Rieles; su esposo, asesinado en Buenos Aires para acallar sus denuncias; su madre, exiliada en Suecia por no doblegarse a las presiones policiales para que dejara de reclamar a su hija. Por este motivo, la República de Venezuela, al amparo de cuyas libertades hoy como hace un año nos reunimos en Caracas, rompió relaciones con Uruguay; un hecho, la ruptura de relaciones con Uruguay por iniciativa de otro país, que jamás se había producido hasta esa fecha, en casi 150 años de vida independiente.

La furia destructora no ha respetado hombres o instituciones. La lista de los detenidos, es interminable; la de los muertos, o desaparecidos, aterradora. Nos referiremos sólo a dos casos, porque mencionarlos todos sería tarea imposible en el

tiempo que podemos disponer en un acto como el de hoy: Liber Seregni y Julio Castro.

El General Líber Seregni, Presidente del Frente Amplio, fue detenido en julio de 1973 y liberado en noviembre de 1974, para ser nuevamente detenido en enero de 1976, hasta la fecha. Militar demócrata y respetuoso de la legalidad, se le encarcela porque no se le perdona por parte de los militares que hoy sojuzgan al país, el que hubieran tenido que esperar su retiro de la vida activa del ejército, para poder conducir a las Fuerzas Armadas por la ruta del deshonor y la ignominia que ha representado el golpe de 1973, y sus posteriores secuelas. De nada consistente se le acusa. Su figura es inmensamente respetada y querida dentro y fuera del Uruguay; Seregni en la prisión, es un símbolo de la realidad de nuestro país, y por ello, al reclamar hoy aquí el fin de los crímenes en el Uruguay, exigimos la libertad del General Liber Seregni y de todos los presos políticos que desbordan las cárceles del Uruguay.

Julio Castro, maestro y periodista de renombre internacional, subdirector del semanario Marcha, ha desaparecido desde hace cuatro meses, y el silencio a las mentiras de la dictadura sobre su persona hacen suponer que ha sido asesinado.

La dictadura argentina, compinche de la uruguaya en esta internacional del crimen que forman en el Cono Sur junto con la de Chile, Bolivia y Paraguay, ha desmentido la noticia propagada a principios de octubre por la policía uruguaya, en el sentido de que Julio Castro habría salido el 22 de septiembre pasado, del aeropuerto de Montevideo, con destino al aeroparque de Buenos Aires. Como tantos otros viajeros que la policía uruguaya inventa en desesperado intento por ocultar sus crímenes, Julio Castro nunca llegó a Buenos Aires, pues nunca viajó hacia esa ciudad; ha desaparecido dentro del Uruguay. Es un desaparecido reciente e ilustre; pero tan sólo uno más entre tantos que han desaparecido en nuestro país. Haciéndonos eco de un remitido que sobre su caso publicaron en la prensa caraqueña distinguidas figuras del Congreso y la cultura venezolana, decimos: Si Julio Castro no ha sido asesinado, ¡qué aparezca vivo y libre!... y agregamos: que aparezcan con él, vivos y libres, todos los desaparecidos de la dictadura uruguaya: ¡Basta de crímenes en el Uruguay!

Hace un año, en el primer acto unitario de las dos fuerzas políticas opositoras más importantes del país, el Frente Amplio y el Partido Nacional, hicimos un desalentador balance sobre la situación uruguaya. Volver a hacerlo hoy sería reiterarnos, pues nada ha cambiado en el país, como no sea una agudización de la

crisis económica y un mayor deterioro de la imagen de la dictadura militar, que a lo largo de 1977, ha ido quedando cada vez más aislada, como consecuencia de la política sobre derechos humanos que la nueva administración norteamericana, con vacilaciones y contradicciones, dice sostenerse en América Latina. Esa política ha descolocado a nuestros militares, que no llegan a comprender cómo sus maestros y principales sostenedores, puedan ahora censurarlos, quitándoles el único apoyo que hasta ese momento los había sostenido: el embajador Siracusa y el conjunto de cipayos que danzaban a su alrededor. Resulta grotesco hoy, presenciar las cabriolas de estos danzarines de la entrega, en su propósito de ponerse a tono con la nueva línea. Unos, desde dentro de las Fuerzas Armadas, reclaman el retorno a los cuarteles antes de que sea tarde, lo que ha desatado una ola de represión con detenciones y pases a retiro de oficiales del Ejército, Marina y Fuerza Aérea, que pone en evidencia hasta dónde ha llegado la descomposición dentro del sector militar uruguayo. En el sector civil, han aparecido "demócratas de vocación" como aquel que después de servir a la dictadura uruguaya durante tres años en un codiciado cargo diplomático en París, hoy acepta integrar el Consejo de Estado, "porque sus convicciones democráticas le indican que debe colaborar en el proceso de transición a la democracia" .

Hoy todo el mundo, dentro y fuera del Uruguay, en las Fuerzas Armadas y en los sectores civiles, habla de transición a la democracia. Algunos, después de años de silencio, proclaman en un cementerio de Montevideo, al son de tibias, clavículas y esternones que hubiera hecho las delicias de Saint-Saens cuando componía su danza macabra, que las Fuerzas Armadas ya han hecho todo el bien que podían hacer al país, que ahora les corresponde a ellos, comprometidos hasta los huesos en todo el proceso que instauró el fascismo en Uruguay, continuar la obra que los militares, por no saber gobernar, no pueden completar.

Gobierno de transición, se proclama, para restaurar Derechos Humanos y Democracia, dos conceptos ambiguamente invocados con los que, más de un aprendiz de brujo, pretende resolver la situación imperante en el Uruguay.

Pero Derechos Humanos no significa que no se torture tanto, por lo menos al principio, ni Democracia es sustituir en la presidencia a Aparicio Méndez, figura irrelevante seleccionada e impuesta por las Fuerzas Armadas para sustituirlo por un unicato o un triunvirato, también impuesto por las Fuerzas Armadas, manteniendo prescripciones de partidos políticos y derechos civiles, prohibiciones de ejercer derechos sindicales, sin educación, sin trabajo, sin salud, sin vivienda. En esas condiciones no tenemos derechos humanos ni democracia, y todo acontecerá

como en el cuento de Lampedusa, donde algo había que cambiar para que todo quedara como está. Afirmamos enfáticamente: No hay solución democrática para el Uruguay, si no hay pleno ejercicio de las libertades democráticas para todos los uruguayos, si no hay libertad para todos los detenidos por razones políticas, si no se restituyen las libertades sindicales y si no se dan las condiciones económicas para que todos los uruguayos - que realmente son muy pocos - puedan encontrar medios decorosos de vida en su tierra. Hay que terminar con el exilio político y con el exilio económico, que ha llevado a que uno de cada 6.5 uruguayos que vivían en el país en 1972, haya tenido que expatriarse por la persecución política o porque no encontraba fuentes de trabajo para alimentar a su familia. Derechos Humanos y Democracia no deben ser tres palabras ambiguas, que como los espejitos de la mosqueta, están y no están, a voluntad del taimador.

En esto hay que ser muy claro: en Uruguay, o hay democracia y derechos humanos y en consecuencia viviremos en paz, o no los hay y entonces nada habrá cambiado y la represión y la degradación continuarán imperando en el país.

Reclamamos para nosotros exclusivamente, los uruguayos, estimulados por el apoyo solidario de los pueblos antifascistas del mundo, resolver el problema de la dictadura militar fascista uruguaya, y para ello exigimos que cesen todas las formas directas o indirectas con que desde el exterior se la soporta, aun cuando se la censure.

Y cuando decimos los uruguayos, decimos todos los uruguayos sin exclusiones, porque las exclusiones conllevan consigo, la discordia y el conflicto.

Para cumplir con su obra destructora, la dictadura ha tenido que erradicar del país a su juventud más valiosa y de mayor preparación en todas las carreras de las profesiones liberales y manuales; ha expulsado, encarcelado, asesinado o hecho desaparecer, a sus hombres de ciencia, sus escritores, sus poetas, sus artistas, sus militares con honor; y ha contraído una deuda externa verdaderamente monstruosa; cada uruguayo que vive dentro del país hoy día, adeuda a los bancos prestamistas del exterior, U\$S 582. En un país en el que la renta anual per cápita, supera apenas los U\$S 900, se deben los dos tercios de la renta producida en un año. Brasil, al fin de su modelo de desarrollo implantado en 1964, con sus 22.000x106 de U\$S de deuda externa, ha acumulado sólo U\$S 235 por cabeza, de deuda, y si la referimos a la renta nacional de un año, significa un tercio de esa renta. Es decir, que los uruguayos debemos hoy, el doble que un brasileño, en momentos en que este país, modelo de todas las dictaduras conosureñas posteriores a

1971, es declarado en bancarrota y su esquema de desarrollo impuesto por los militares, se reconoce totalmente agotado.

Con un país en estas deplorables condiciones, no es posible concebir una transición a la democracia y la restitución de los derechos humanos, si no es en el ámbito de un gran consenso nacional de todas sus fuerzas democráticas, para crear una fuerza de poder real, capaz de oponerse al fascismo que se ha adueñado del país.

Consenso político antifascista, consenso del capital y el trabajo para superar una coyuntura económica interna nunca vista por el país, consenso en las fuerzas y gobiernos antifascistas de los países democráticos, para ejercer una franca y efectiva solidaridad con Uruguay frente a la coyuntura política financiera internacional en la que lo ha sumido la dictadura militar fascista; consenso de los uruguayos en el exilio, para volver a reconstruir un país que merece ese gesto generoso y supremo de amor a la tierra natal.

¡Basta de crímenes en el Uruguay! Este es nuestro lema de hoy, y con él terminaremos; pero agregamos... ¡basta de crímenes para siempre, y no por seis meses! Y ello se conseguirá sólo si todos los uruguayos por nacimiento o por adopción, readquieren plenos derechos para vivir libres y con trabajo, en esa tierra sometida a una dictadura que el pueblo uruguayo ya derrotó.